



*Abri la puerta* de mi habitación y Ana apartó la vista de su teléfono. Su sonrisa cargada de esperanza se derrumbó ante mi expresión.

—¿Cómo te fue, campeona?

Me dejé caer vencida sobre la silla de mi escritorio.

—Debes decírselo pronto. Podrías perder el lugar si no lo confirmas para mayo.

Necesitaba hacer un sinfín de cosas. Tomé mi bolígrafo y pasé las páginas de mi diario, mis objetivos estaban ordenadamente acumulados. Los adornos de hojas de vid crecían y florecían entre las fechas del calendario. Llevaba todos mis planes, que ahora se sentían como secretos, en este cuaderno lleno de garabatos y tareas.

Mi portátil hizo un sonido avisándome que había llegado un nuevo correo al buzón de entrada. Eran solo dos palabras: *Te amo* y un enlace a un álbum de fotos. Eché un vistazo a las fotos de mi madre



de esta semana: un cactus en el desierto, un bosquejo de una mesera en una servilleta de un restaurante, una pintura a medio acabar contra un muro de ladrillos. La semana próxima probablemente recibiría imágenes del progreso de esas pinturas y algunos vistazos del lugar que mi madre visitara a continuación. Me pregunté si podría regresar a Puerto Coral antes del verano.

Sonó el teléfono de Ana.

—¿Qué pasa, mamá? —escuchó lo que fuera que la señora Peña dijo antes de ponerse de pie de inmediato—. Pero ¿por qué tengo que ir? No estoy elevando el tono de mi voz... También te amo —cortó la llamada y puso los ojos en blanco—. Reunión de emergencia en el pueblo, esta noche. Teníamos reuniones una vez al mes y la última había sido hacía dos semanas atrás.

—¿Qué sucede?

—No lo dijo, pero conociendo a este pueblo seguro que Simon cambió la música en el restaurante sin preguntarle a los *viejitos* y mi madre me llamó con dramatismo.

Me puse de pie y comprobé mi reflejo en el espejo que estaba encima de mi mesa de noche y mi pequeño altar. Había un par de velas de colores pastel y flores frescas junto a unas fotos sepia de mi abuelo y la única polaroid que tenía de mi padre. Volví a aplicarme labial y me metí un caramelo de fresa en la boca.

—Dile a Mimi lo de la Universidad en La Habana ahora, no va a gritarte frente a las demás personas —Ana rodó por mi cama y me siguió fuera de la habitación.

—¿Qué? —me detuve en el corredor, se chocó contra mi espalda—. Ni de broma. Ese no es el plan.

Mimi no era de gritar, de todos modos. Se cerraba y mantenía



callada cuando estaba molesta. Su silencio era letal y yo intentaba desesperadamente evitarlo.

—Ah, dulce bebé Rosa —era un apodo de por vida, lo odiaba.

Una vez en la cocina, le dijimos a Mimi sobre la reunión de emergencia y la ayudamos a empacar la sopa, la cual insistió en llevar. Arrastró la olla desde la estufa a la mesa y luego se frotó la espalda donde siempre parecía molestarla mientras tomábamos los recipientes y comenzábamos a llenarlos. Mimi siempre sanaba a los demás, pero era imposible hacer que visitara al doctor con regularidad. No estaba segura de si esto era algo de los ancianos en general o solo una cosa de los cubanos, ya que los *viejitos* también actuaban como si pudieran vivir por siempre del café, el ron y sus cigarrillos.

Cuando todos los recipientes estuvieron llenos, Mimi echó una mirada rápida de desaprobación a mi atuendo.

—*Nos vamos*, pero antes te quitas esos pijamas.

—No son pijamas —sujeté la bolsa con la sopa—. Es un mameluco —pasé a su lado camino a la puerta, sabiendo que continuaría con sus pociones y opiniones, como siempre.

—¿*Qué es un mameluco?* —le preguntó a Ana, que reía.

La plaza del pueblo quedaba a solo dos calles de distancia y la tarde de abril lucía cálida y dorada mientras el sol se sumergía al fondo del cielo. Las aceras estaban cercadas por líneas de árboles en flor y las puertas de las tiendas cantaban con los tintineos amigables de sus campanillas. Nos dirigimos hacia la reunión en la sala de reuniones de la biblioteca.

Mimi repartió la sopa mientras Ana y yo tomamos asiento cerca de su madre, la señora Peña se había tomado un descanso. Tenía el delantal sobre su regazo y los bolígrafos aún entre sus rizos. Todos



seguíamos llamándola la bodega, pero El Mercado, que una vez fue una parada rápida en el vecindario para jugar a la lotería, comer bocadillos y beber café, se había convertido en la tienda de comestibles más grande y en un restaurante de delicatessen, gracias a la comida del señor Peña. Era un cocinero asombroso, pero odiaba hablar con la gente, por lo que su esposa siempre acudía a estas reuniones y estaba a cargo de atender a los clientes en el deli.

—No olvides poner tu batería en la camioneta. Tienes banda de jazz mañana —dijo la señora Peña a su hija mientras le entregaba una bolsa de patatas fritas para compartir.

—Dios, no hables tan alto —Ana se hundió en su asiento.

—¿Qué hay de malo con el jazz? —quise saber mientras hacía un gesto alusivo con las manos.

—Estoy cansada de llevar lentejuelas y tocar congas.

De lo que Ana estaba cansada era de la banda de la escuela. Por lo que había oído, su padre era un excelente trompetista, que jamás había vuelto a tocar. Sin embargo, su familia le hacía pasar un mal momento en cuanto su batería la alejaba del camino que ellos habían establecido para ella. Para ellos, la banda de la escuela equivalía a becas escolares, lo cual equivalía a la universidad, que equivalía a una maestría que no era en música.

Una multitud más grande de lo habitual se acordonó dentro de la habitación para la reunión. Malcom y Dan habían tomado dos asientos una fila más adelante, Penny estaba brincando alegremente sobre el regazo de Malcom, mirando a cualquier lado y lejos de estar interesada en la hora de dormir. Dan dejó caer su cabeza sobre el hombro de su esposo. Podía reconocer una siesta reparadora cuando la veía. Ana y yo compartimos las patatas mientras los demás se



saludaban brevemente y se acomodaban. Los cuatro *viejitos* se sentaron en la fila de adelante, como siempre. Eran los *latinos* más ancianos del vecindario y, la mayoría del tiempo, estaban fuera de la bodega bebiendo café, jugando al dominó y chismorreando. Consideraban que su deber era cubrir cada reunión para su blog y recientemente habían creado una cuenta en Instagram, lo que significaba que su nueva respuesta a todo era: “revisa nuestras historias”. Reconocía cada rostro a medida que la habitación comenzaba a llenarse, hasta que dejé de hacerlo.

—¿Quién es ese? —susurré a Ana con una patata a medio camino de mi boca. Se enderezó un poco en su asiento y echó un vistazo al chico que acababa de sentarse delante nuestro. Me quedé viendo la parte de atrás de sus brazos repletos de tatuajes.

—No lo sé —admitió.

Conocíamos a casi todos por su nombre o parentesco, por lo que era una sorpresa que ninguna de las dos lo reconociera. Echó su cabeza hacia atrás para escuchar a la mujer que estaba detrás de él.

—Está sentado cerca de la señora Aquino, así que tal vez trabaje para ella —dijo.

La familia Aquino manejaba la zona portuaria. Jamás había estado allí, claro, pero conocía a la señora por medio de estas reuniones. Me preguntaba si el Chico Tatuajes era nuevo en el pueblo, mientras estudiaba las olas azules casi luminiscentes que brotaban desde sus muñecas hacia sus antebrazos y que luego desaparecían bajo las mangas de su camisa ajustada alrededor de sus bíceps. Me incliné para echar un mejor vistazo y me enderecé automáticamente en cuanto Mimi puso un pie frente a mi línea de visión.

Se deslizó al asiento junto al mío y extendió su mano para



apartarme el cabello del rostro. Empujé su mano con cuidado, pero simplemente comenzó a quejarse de mi atuendo.

–Mira lo cortos que son estos, puedo ver todo –chasqueó los dientes manifestando su desaprobación en susurros en español–. No entiendo esto de los mamelucos.

–Me estás poniendo toda *tikitiki* –le dije y tiré de mis pantalones cortos. Eso era el sonido de los nervios agotados y era el equivalente cubano de *me estás estresando*.

Nuestro alcalde, Simon Yang, dio un paso delante de la habitación. Llevaba la versión casual de oficina de la playa: unos pantalones cortos de color caqui y una camisa de botones con las mangas enrolladas. Además de sus deberes de alcalde, tenía una tienda de desayunos en el paseo marítimo. Su perro de servicio, Shepard, se sentó a su lado.

–¿Cuáles son las noticias importantes? –quiso saber Gladys, se oía molesta–. Mi liga se reunirá en quince minutos –su cabello gris estaba alborotado y su sudadera de bolos amarilla y roja decía *Gladys Esquiva Canaletas* en la parte de atrás. Ya se había retirado, pero nadie sabía de qué.

Simon suspiró.

–Desafortunadamente, tendremos que cancelar el Festival de Primavera.

La habitación se quedó en silencio. Ana se incorporó a mi lado. Faltaban dos semanas para el Festival de Primavera. Había comenzado como una forma para que los pescadores locales y las plantaciones de cítricos cercanas compartieran sus productos, pero se había convertido en una especie de fiesta para el pueblo que incluía comida, música e incluso fuegos artificiales en el puerto. Este año



iba a ser especialmente importante porque dos de nuestros vecinos contraerían matrimonio.

Los *viejitos* se apresuraron a sacar sus teléfonos.

—¿Cancelarla? ¿Por qué? —demandó el señor Gómez.

—Por el puerto —Jonas Moon se puso de pie. Jonas era un pescador de voz suave y pelo rojo rizado. Estaba comprometido con Clara de la tienda de libros en el paseo marítimo; eran ellos quienes se casarían—. Van a comprarlo.

Ante esta revelación, la habitación rompió en un bullicio.

El Chico Tatuaje se puso de pie al lado de Jonas, al frente. Cuando se volvió hacia nosotros, vi su incipiente barba oscura y sus vigilantes ojos café. Con sus coloridos brazos cruzados, parecía distante.

—Oh, Dios mío, ese es Alex —me susurró Ana bajando la cabeza.

—¿Quién es Alex? —me incliné en su dirección.

—El Señor Alto, Oscuro y Loco. ¡Ese es Alex Aquino! —me miró boquiabierto, esperando que yo confirmara las noticias aparentemente increíbles.

—No sé quién es —confesé.

—Tiene un año o dos más que nosotras. Asistía a clase de Arte con él y jamás dijo una palabra. Era tan desgarbado que juro que algunas veces simplemente desaparecía. Era bastante torpe.

Negué con la cabeza, incapaz de conectar ese nombre y mucho menos esa descripción con el desconocido de los enormes brazos pintados de colores brillantes que se encontraba frente a nosotros.

—Oí que abandonó el pueblo luego de graduarse, pero supongo que ha regresado.

—Bueno, no parece muy contento con la idea —dije con voz queda.

Jonas levantó sus manos pidiendo silencio.



—Un promotor inmobiliario hizo la oferta —dijo—. Planean convertir el área en un distrito de usos múltiples. Levantarán condominios y el puerto probablemente se convertirá en algo privado para los residentes.

—¿Y ustedes tan solo van a entregárselos y dejar que eso pase? —demandó Gladys.

—No, señora, estamos trabajando con Simon para solicitar subvenciones que protejan la tierra de ser vendida. En la costa, la universidad ha ayudado a los pueblos pesqueros más pequeños con nuevos métodos de acuicultura —en su mayoría almejas— y ven el potencial para certificarnos como un nuevo distrito de conservación. Eso detendría la venta.

—Suenan inteligente —dijo el señor Gomez.

—Desafortunadamente, la universidad acaba de recortar los fondos de extensión.

La mirada alicaída de Jonas me recordaba a lo que sentí cuando vi por primera vez el precio del programa estudio en el extranjero. Me senté.

—¿Qué haría el programa de la universidad exactamente?

Alex me disparó con la mirada antes de desviarla en otra dirección.

—Traerían equipos de alumnos y profesores para cultivar las granjas de almejas y capacitar a nuestros pescadores para trabajarlas —explicó Jonas—. Convertirían a los barcos en criaderos abiertos y crearían una línea nueva, estable y sostenible de trabajo —hizo un gesto hacia Alex, quien frunció levemente sus cejas oscuras—. Alex ha estado restaurando arrecifes de ostras en el Golfo y conoce a algunas de estas personas, por lo que nos ha estado ayudando en el proceso de solicitud. Pero hoy nos enteramos del recorte a la financiación y,





sin este proyecto, no podemos detener la venta a tiempo.

–Y sin el puerto, no habrá Festival –Simon se puso de pie a un lado y se encogió de hombros con las manos dentro de sus bolsillos.

–Sin puerto no habrá Puerto Coral –dijo Clara, mientras daba voz a todos nuestros miedos. Era una mujer británica-nigeriana con una colección de cardiganes para envidiar. Su tono suave y roto me recordó lo que significaba perdernos el festival este año. Nuestro fin de semana de árboles floreciendo, festines y música para celebrar que la temporada tenía todos los ingredientes para una caprichosa boda de primavera. Cuando Jonas le había propuesto matrimonio todos supimos que sus nupcias en el Festival de Primavera serían perfectas. Incluso su madre, que vivía en Nigeria, había conseguido una visa y boletos de avión.

–¡Pero tu boda! –exclamé.

–Ya habrá otros días –argumentó Clara, señalando hacia arriba. Jonas se retorció las manos.

–Tal vez otros matrimonios –acotó Gladys–. Mejor, búscate un hobby –le dio una palmadita al saco de bolos a su lado–. El casamiento es para las aves.

Las personas rompieron en pequeñas conversaciones resignadas. Jonas y Alex se voltearon para hablarle a un alicaído Simon. La señora Peña suspiró como si ya pudiera ver el letrero de CERRADO en la bodega.

–¡No! –me puse de pie.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Ana, desconcertada.

–Dame un segundo –dije, pensado con rapidez.

Jonas me observó con una expresión cargada de curiosidad. La mirada aguda de Alex era oscura y llena de irritación. Parecía ansioso



de que esta reunión acabara. Mi estómago comenzó a retorcerse por los nervios al enfrentarse a esa mirada imponente. Incluso cuando había enderezado mis hombros, como había visto en un video sobre posturas de poder:

–Una concesión, ¿cierto? ¿Eso es todo lo que necesitamos? Si financiamos el proyecto, luego estamos hechos y eso quita ese problema de la lista.

–¿Qué lista? –quiso saber Jonas.

–Siempre hay una lista, ¿de cuánto dinero sería la concesión?

–La que necesitamos para establecer aquí el proyecto es de veinte mil –Jonas se frotó el entrecejo. Gladys dio un silbido. Veinte mil no era poco dinero, pero yo era una becada con los ojos puestos en un programa de estudio en el extranjero que costaba prácticamente lo mismo. Era hora de ponernos creativos.

–Necesitamos una gran idea y rápido. No podremos juntar esa cantidad por nosotros mismos en este marco de tiempo. Necesitamos traer dinero de afuera.

El señor Gomez me apuntó con su teléfono.

–¿Y cómo hacemos eso? –preguntó Jonas. Le eché un vistazo rápido a Clara.

–Tendremos el Festival de Primavera, sea cómo sea –declaré con una certeza repentina. La idea se estaba formando rápidamente en mi mente.

–No hay tiempo suficiente –miré a Alex, sorprendida de escuchar su brusco y negativo aporte. Era desconcertante oírlo viniendo de alguien tan agresivamente alto.

–Tenemos el suficiente para intentarlo –proseguí con obstinación, incluso cuando Ana tironeó de mis pantalones cortos.



—¿Intentarlo y tener la fiesta? —su tono era serio, no se burlaba.

—No sería *solo* una fiesta —entrecerré los ojos mientras un enrojecimiento de vergüenza quemaba mi cuello—. Puede ser una recaudación de fondos comunitaria, lo suficientemente grande como para alcanzar esa suma de dinero.

Todos estaban acostumbrados a mis enormes ideas, incluso las consentían cuando era más pequeña y metía mi nariz en las conversaciones, haciendo demasiadas preguntas. No estaban acostumbrados a ver que alguien se mostrara poco impresionado al oírlas. O tal vez la que no estaba acostumbrada era yo. Pero no podía dejarlo pasar.

—Podrías no hacer esto, ¿sabes? —susurró Ana mientras jalaba nuevamente de mis pantalones. Miré a Mimi. El *hogar* tenía muchas capas para mí, y esto se trataba de eso. La gente y la política ya habían roto el corazón de mi abuela. No podíamos perder Puerto Coral.

—Desafortunadamente, el puerto no puede permitirse ser el auspiciante del festival con todo lo que sucede —dijo la señora Aquino. La mirada de Alex se suavizó.

—El Mercado auspiciará el festival este año.

—¿*Qué?* —demandó Ana. El alivio me inundó tan de pronto que tuve que sujetarme del asiento frente a mí.

—Rosa tiene razón, podemos hacerlo. Mi esposo prepara los mejores sándwiches y *croquetas* cubanas de este lado de Miami. Anunciaremos el festival y nuestro propósito a los turistas y luego les vendemos un *lechón asado* que hará que quieran aventarnos su dinero, pondremos un poco de *salsa*, serviremos unos *mojitos* y bada bing, bada bum, ¡pueblo salvado!

—¿Bada qué? —preguntó el señor Gomez.

—Me encanta —Xiomara, la dueña de la escuela de baile se puso



de pie-. Puedo hacer un show gratis y ofrecer lecciones de danza. Entre todos nuestros negocios, tendremos algo para ofrecer.

-Y no sería necesario cancelar su boda -les dije a Clara y Jonas. No parecían convencidos, pero me aferré a la esperanza que vi brillar en sus miradas-. Aún podemos hacerla, tu madre estará aquí y será tan romántica como imaginaban.

-¿Pero cómo? -preguntó Clara-. Ya hemos cancelado todo. Y si convertimos al festival en un evento para recaudar fondos, Jonas tendrá que trabajar para convencer a la universidad de nuestro éxito. Una boda no encaja en todo esto.

-Lo hará, me aseguraré de que pueda encajar -intercambiaron miradas dubitativas. Me rehusé llevar la mía hacia a Alex Hosco Arrecife de Ostras-. Puedo hacerlo. Soy extremadamente organizada y este semestre todas mis clases son virtuales. Déjenme enseñarles mi bullet journal, tan solo las plantillas serán suficientes para demostrarles lo que digo.

-Por favor, no -dijo Ana.

-Dije que era para las aves -refunfuñó Gladys.

-Aún estoy a bordo, si tú también quieres -Clara sonrió de oreja a oreja y chocó juguetona su hombro contra el costado de Jonas.

-Siempre -él besó su mano y algo sucedió entre ellos.

-Hagámoslo -dijeron con corazones en los ojos.

-¿Tienes alguna idea de lo que estás haciendo? -preguntó Ana mientras negaba con su cabeza ante mi sonrisa radiante.

-Claro que no -dije-. Pero eso jamás me ha detenido antes.